

## CAPÍTULO VIII.

## ALARMA.

No sintieron susto mayor ni tanto se alarmaron los primeros habitantes del mundo al ver desatadas sobre sí las aguas del diluvio, ni más se sorprendieron y admiraron los sencillos indígenas al ver arribar á sus vírgenes playas las naves del gran Colon, como susto y alarma cundió entre la familia del Monte al saber que uno de sus miembros abandonaba el lecho á las primeras horas de la mañana, y sin cuidarse de su atavío, oculta en el más riguroso incógnito, osaba pisar las calles de Madrid, y ¡qué calles! aquellas cuyo solo nombre horripilaba á sus excelencias. Ella, Lola, tan elegante, tan hermosa, la que pa-

saba dos horas en el tocador prendiéndose un lazo ó sujetándose un rizo; la que necesitaba toda la atmósfera de los salones para respirar libremente; en los que con tanta ventaja lucía sus grandes dotes en las artes de Euterpe y Terpsícore; ella, requebrada por los hombres, envidiada de las mujeres y solicitada por todo un conde del Redil. ¡Horror! ¡Horror! ¿Qué diría la alta sociedad? ¿Qué el gran mundo? ¿Qué pensarían de ella sus adoradores? ¿Qué el mismo conde? . . . que éste era el blanco donde con avidez dirigian sus tiros. ¿Cómo habia de mirar siquiera á una mujer que así humillaba la nobleza de su cuna? . . . ¡Qué escándalo! . . . ¡Qué vergüenza! . . . La baronesa tenia crispados los nervios; no probaba bocado ni conciliaba el sueño; su esposo andaba todo mohino, sin darse cuenta de lo que le pasaba, pues era la primera vez que creía ver un suceso grave en su familia. Acostumbrado á reirse de todo, incluso de sus acreedores y de los pocos ó ningun recurso que



tenia para satisfacerles (que es de cuanto puede reirse un hombre), espantábale la idea de que uno de sus hijos pudiese empañar el brillo de sus blasones hasta descender á mezclarse con la plebe, raza que él creía muy distinta de la suya, y de cuyos harapos huía todo lo posible por temor de que su contacto dejara una mancha en su nobleza, la que él veía brillar hasta por entre las costuras de sus vestidos. ¿Y habia de ser su hija Lola la que departiera mano á mano con un asqueroso mendigo? ¿Tan humillado debia verse su nombre? ¡Jamás, jamás! Por otra parte, escandalizábanse Aurora y Luis de su misma hermana, é instaban á sus padres á que tomaran alguna saludable determinación contra aquella especie de locura, pues no de otra manera podia calificarse el proceder de Lola.

Ocurriósele á Luis que tal vez un largo viaje la desvanecería de su monomanía, devolviéndola sus antiguos hábitos, mas rechazóse tal idea por perjudicial. ¿Y el

conde? Si ahora que la veía con tanta frecuencia andaba tan distraído, permitiéndose requebrar á la duquesa en su presencia misma, ¿qué sucedería si Lola abandonaba la corte? ¡Imposible! Ante ánimos tan agitados, presentóse tranquila y risueña la susodicha, sentándose negligentemente al lado de su hermana, la que le preguntó con marcado desden:

—¿De dónde vienes?

—De dar un paseo con Adriana y su nodriza.

—¿Y dónde habeis estado? repuso la baronessa, más como juez que interroga á un criminal, que como madre que pregunta á su hija.

—¡Oh! en muchos sitios.

—Sitios donde no volverá á sentar su planta la hija del baron del Monte, repuso enfático el baron.

—No digas eso, papá; tu hija puede ir donde va la duquesa de Clarendon.

—Tu prima es loca y tonta al mismo tiempo; escudada con sus millones, se cree



autorizada para faltar á todos los deberes que su alta alcurnia le impone, y pretende distinguirse de los de su clase, poniéndose en ridículo ante ella, sin comprender que, atraídos por su riqueza, la adulan en su presencia y escarnecen á hurtadillas.

—No serán, por cierto, las muchas personas á quienes su protectora mano salva del infortunio.

—Es la sociedad con quien vive; y ya que no puedo evitar que tal suceda á mi sobrina, evitarélo á mi hija, usando de todos los derechos de padre.

—No parece sino que todos estais enojados conmigo; segun os expresais. Vamos á ver, ¿qué he hecho yo que merezca esa especie de reprension? Tú nos tienes señalada á cada uno de los tres una cantidad no despreciable para nuestros gastos particulares, cantidad que hasta ahora he tirado muy bonitamente por la ventana, sin considerar que lo que yo tiraba podia socorrer á los necesitados, en quienes no tenia por costumbre pensar; mas Dios qui-

so que comprendiese y abjurase mi error, y desde luego destiné la mitad de mis haberes para el dasvalido, haciendo frente con la otra mitad á todas las exigencias de la moda y del boato. En esto no podrás tener queja. ¿He gravado acaso tu erario? ¿He dejado de ser envidiada en los salones por mi elegante tocado? Pues ¿qué perjuicio te causo?

—Aunque así fuera, repuse la baronesa, si te da la manía por destinar una cantidad para los pobres, generosos de sobra son tus padres para hacerte merced de ella, mas entregándola á una persona que cuida de repartirla, no yendo por tu pié á esos lugares inmundos, ni olvidándote de quién eres hasta el extremo de correr tras de un sucio mendigo.

—¡Por Dios, mamá, no hables así! interrumpió Lola coloreándose sus mejillas. Advierte primero que los desgraciados á quienes Adriana socorre, no son esos mendigos repugnantes y asquerosos que, bajo la capa de la mendicidad, ocultan general-



mente sus vicios, cuando no sus crímenes. á estos no hay que buscarlos, pues nos acosan por doquier, sino á los infelices que, perteneciendo á una clase acomodada, se ven lanzados de ella por la desgracia, y, sumidos en la más horrible miseria, muérense de hambre ántes que pasar la vergüenza de pedir un pedazo de pan á sus hermanos. A éstos, como dice muy bien Adriana, hay que buscarlos por caridad y por egoísmo. Un capricho de la suerte les privó de sus bienes, sumiéndoles en la miseria, á lo cual estamos expuestos todos; otro capricho de aquella puede de la miseria levantarlos á la opulencia. ¿No podría suceder que nosotros ó nuestros descendientes tuviésemos que ser socorridos por los mismos á quienes socorrimos?

—Calla, calla, murmuró la baronesa; empiezo á creer que la locura de tu prima es contagiosa.

—Sin embargo, si ella hubiese dado oídos á las palabras de Luis . . . murmuró Lola sonriendo.

—Basta, gritó la del Monte; desde hoy no te permitirás dar un paso sin mi consentimiento ó el de tu papá.

—Mamá mia, tú no me negarás que yo salga en compañía de Adriana . . .

—No solo te niego esto, sino que te prohíbo que te pases los ratos á solas con ella, como has dado en hacer, pues me desagravan sus doctrinas.

—Por Dios, mamá, sé condescendiente, dijo Lola abrazándose al cuello de su madre, primeras caricias que recibía ésta de sus hijos, y que, sin embargo, no hicieron mella en su corazón, pues cuando éste está poseído del demonio del orgullo, difícilmente cabe en él otro sentimiento.

—Son inútiles tus ruegos; estoy obligada, como madre, á mirar por tu provecho, y debo por lo mismo apartarte de cuanto pueda serte perjudicial.

—Papá, aboga en mi favor, prosiguió Lola tomando una mano del barón.

—Tu mamá sabe muy bien lo que se hace, y no ignorais que siempre he acata-



do y acateré sus disposiciones, tartamudeó aquel, que, más débil que su esposa, no acertaba razones que, oponer á los ruegos de su hija.

—¿De modo que el practicar la caridad es un delito? dijo ésta.

—La practicarás si es tu deseo, mas será desde tu casa y con el decoro y la dignidad que debes.

—¿Y cómo?

—Repartiendo la cantidad que destines entre los asilos de beneficencia.

—Eso es, y que al día siguiente se lea en los periódicos: «La señorita doña Dolores de Peñarrosa, hija de los barones del Monte, ha entregado tal y tal suma para este ó aquel asilo.» Esto, más que un acto de caridad, lo es de vanidad.

—¿Y qué mal hay en que lo digan? Solo deben ocultarse las malas acciones; á las buenas, debe darse toda la publicidad posible para que sirvan de provechoso ejemplo.

—Estoy obligada á obedecer las órdenes

de mis padres, pero no debeis extrañar si desde hoy vierten lágrimas mis ojos. Esperaba aún hallar felicidad y hoy la veo huir de mí... ¡no por mi culpa! ¡Pero niña! interrumpió la baronesa verdaderamente alarmada por las palabras de su hija: ¿qué tiene qué ver tu felicidad con tu locura.

—No me comprenderias por más que me explicara. La felicidad que yo siento de algun tiempo á esta parte al ser estrechada mi mano entre las demacradas de la madre desvalida; al oír al pobre anciano que, con los ojos llenos de lágrimas, llama sobre mí la bendicion del cielo, y ver sonreír sobre mis rodillas al tierno huérfano y rodear con sus bracitos mi garganta, no es para expresarla, solo es para sentirla. Yo tambien me reia de esto, y Dios, en castigo, me ha dejado disfrutar de tanto bien para que mejor pueda llorar su pérdida.

—Pero Lola...

—Sí, mamá, déjame al ménos que vuelva á ver á aquel rubio niño que tomé bajo mi



proteccion; deja que le dé un beso de despedida, y yo misma le vista el trajecito que para él mis propias manos han confeccionado.....

El baron y su esposa cruzaron una mirada de inteligencia, murmurando aquella:

—Quizas sea preciso lo del viaje: quizas todo esto estaba previsto y ha abusado del candor de esta criatura para apartarla de sí.... ¡Qué no discurrirá su cabeza!

No perdió Lola una palabra de lo que en voz baja hablaba su madre, y comprendiendo la horrible calumnia que contra su prima levantaba, prorumpió en copioso llanto exclamando:

—¡Querida Adriana, solo yo te conozco!

Levantóse la cortina y apareció un lacayo con un paquete y una carta, diciendo:

—Un criado del señor conde del Redil trae esto para su excelencia la señorita Lola.

—¿Espera contestacion?

—No, señora.

—Esta bien, vete.

Palideció Lola mortalmente; pintóse la curiosidad en todos los semblantes, y la baronesa desdobló con avidez la carta, en que rápidamente escritas con lápiz habia estas palabras:

«Ruego á mi simpática y piadosa amiga, Lola que se digne repartir la adjunta cantidad por su mano y en mi nombre entre algunos desgraciados.

«Anticipándola las más expresivas gracias, se repite siempre suyo afectísimo,

CÁRLOS DE CISNEROS,  
Conde del Redil.»

—¿Qué es esto? exclamó la baronesa.

—Mamá de mi alma, déjame que le conceda el primer favor que el conde me pida, dijo Lola cayendo á los piés de su madre y besándola entrambas manos.

—Levantóse el baron en direccion á la puerta, como diciendo: «Allá se las compongan.» Tras él siguió Aurora, murmurando por lo bajo, mientras daba una rápida ojeada al espejo:



—Espero verlos reunidos en Leganés.  
Al mismo tiempo exclamó Luis mirando su reloj y dejando el asiento:

—[Las doce, y me esperan á almorzar en casa de Lhardyl...

Solas quedaron madre é hija, procurando ésta convencer á aquella, y explicándola la noble conducta de la duquesa; la madre, haciendo caso omiso de las palabras y sollozos de la jóven, preocupada con aquel rasgo del conde, que no sabia cómo calificar.

## CAPÍTULO IX.

## UN DIA APROVECHADO.

—Yo, que acostumbro á ver la sábia mano de la Providencia en cuanto bueno me sucede, no dudo un momento de que allí me guió para hacerme oír las palabras de Lola, despues de haber visto sus obras, pues era necesario esto para que yo pudiese creer en tan inesperado cambio: decia el conde del Redil á la duquesa de Clarendon, que estaba bordando en compañía de su nodriza.

—Porque usted suele juzgar á la humanidad mucho peor de lo que es.

—Y suelo engañarme poco.

—Pues por esta vez, amigo, el engaño